

LA PARADOJA AUTOPOIÉTICA EN TRABAJO SOCIAL: UN PRETEXTO PARA REFLEXIONAR SOBRE LA IDENTIDAD PROFESIONAL*

THE AUTOPOIETIC PARADOX IN SOCIAL WORK:
AN EXCUSE TO REFLECT UPON PROFESSIONAL IDENTITY

AURA VICTORIA DUQUE DE A.**
GIOVANI GALLEGO C.***
LUIS GUILLERMO LÓPEZ J.***
FELIPE OTÁLORA***

Resumen

Esta ponencia, presentada en el marco de la celebración del Día del Trabajador Social, es uno de los productos de la reflexión del “Semillero de Investigación Autopoiesis”, adscrito a la línea de investigación “Trabajo Social y Desarrollo Humano” del Departamento de Desarrollo Humano de la Universidad de Caldas. Bajo el presupuesto del principio de la autopoiesis se piensa en la construcción de la identidad del Trabajo Social, como una paradoja desde cinco contingencias: multiplicidad, generatividad, apertura-cerramiento, interacción y autonomía. Contingencias que a la vez definen y se definen desde dos rutas cognitivas que se entretajan como variantes en torno a las co-construcciones de *la ética* y el *sistema motivacional* del propio profesional, para re-definirla. Esto conduce a dejar abierta la reflexión sobre los procesos no sólo de actuación sino de formación del profesional (paradoja autopoietica): formados para algo (deber ser) y actuantes en una cosa diferente (no-ser) que se define entre el ideario profesional y el Trabajador Social como ideador que, desde el principio de la doble contingencia (ser uno en lo múltiple), se presume desde la autonomía (independencia) y la co-dependencia, como síntesis. Conduce a pensar, no sólo para la formación del Trabajador Social, sino para las prácticas sociales, en ciclos propedéuticos, como estrategia para la reconstrucción de identidad profesional, en tanto configuración como sistema de interacción autopoietico reflexivo.

* Ponencia presentada por el “Semillero de Investigación Autopoiesis” en la celebración del Día del Trabajador Social en el Programa de Trabajo Social de la Universidad de Caldas. Manizales, Octubre de 2006.

** Docente Departamento Desarrollo Humano, Universidad de Caldas.

*** Estudiante Programa de Trabajo Social, Universidad de Caldas.

Palabras clave: trabajador social, autopoiesis, identidad profesional.

Abstract

This presentation, submitted as part of the celebration of the Social Worker Day is a product of the reflection of “Research Promotion Group Autopoiesis”, belonging to the “Social Work and Human Development” research line, Department of Human Development of the Universidad de Caldas. Under the principle of autopoiesis, the construction of Social Work identity is considered as a paradox from five contingencies: multiplicity, generativity, opening-closing, interaction and autonomy. These contingencies define and are defined by two cognitive routes that are interwoven as variants around the co-construction of ethics and the professional’s own motivational system, in order to re-define it. This leads to leaving open the reflection on action and professional training processes (autopoietic paradox): trained for something (what should be) and acting in something different (not-being), which is defined by the professional ideology and the social worker as a thinker, who from the double contingency (being one within the multiplicity), is presumed to be, based on the idea of autonomy (independence) and co-dependence, a synthesis. It leads us to think, not only for the training of social workers, but for social practices, in propaedeutic cycles, as a strategy for the re-construction of professional identity, representing the configuration as an interaction autopoietic reflexive system.

Key words: social worker, autopoiesis, professional identity.

El semillero de autopoiesis¹, interesado en la reflexión sobre la praxis del Trabajo Social, desde el paradigma de la complejidad, se cuestiona por las miradas aún reduccionistas que, frente a la realidad, asume la práctica profesional y derivado de ello, la construcción de la identidad del Trabajo Social que se debate entre su indefinición como profesión de cara a la incertidumbre de un mundo globalizado. Se presenta así una reflexión que, como un producto inicial, define dos posibles rutas cognitivas de la identidad del Trabajador Social para la construcción del norte de las prácticas profesionales: *el asunto de la ética y el factor motivacional*. Somos conscientes de que aunque la identidad se lee a partir de las acciones singulares del quehacer cotidiano, ésta depende de la capacidad de tejer, no sólo desde el interior de los sistemas (individuales y sociales) sino desde la complejidad que el proceso de formación va delineando en la interacción académica; por lo tanto, involucra activamente al sujeto mismo.

Es importante así volver la mirada a la historia para reconocer las estructuras que han determinado los desarrollos profesionales, ya que si bien se han dado respuestas significativas

¹ El concepto de autopoiesis fue trabajado por los griegos (*autos= yo; poiesis= producción*) e introducido por Maturana (1996) en la década del setenta, en sus discusiones sobre los seres vivos como sistemas que se producen a sí mismos (intercambian recursos con el entorno). Más tarde, este concepto es reelaborado por Niklas Luhmann (1990, 1997) en su teoría de la acción y los sistemas de interacción.

a contextos particulares, no es de desconocer que estos se transforman y por consiguiente se enfrentan a la emergencia de nuevas pautas de acción. Hoy, nuevas miradas, ni-deterministas, ni-reduccionistas, ni-fragmentarias, permiten analizar al hombre y la realidad desde una pauta compleja. Complejidad entendida como la trama de la vida o el complejo de lo bioantropocósmico: *complexus* o tejido en conjunto, en palabras de Morin (1993), mediada siempre por la posibilidad de vinculación, interconexión, transformación y entendimiento de la crisis como un evento posibilitador de re-construcción de actores sociales, interesados por la pregunta de la identidad del Trabajo Social, en este caso, en el escenario de la complejidad.

Hacer esta reflexión, hoy que celebramos el Día del Trabajador Social, como lo manifiesta Teresa Matus (2004), es obligarse a dar miradas desde otras lógicas de pensamiento donde tiene cabida la paradoja civilizatoria en torno a una sociedad que por sus prácticas culturales produce la violencia y por sus mecanismos reguladores se dedica a generar instrumentos para atacarla. En otras palabras, es pensar en *el Trabajador Social que hace Trabajo Social* como el centro de su propio mundo profesional, y es pensar un Trabajo Social como sistema que, para re-significar su identidad, en términos de Bateson (1998), debe reconocer los siguientes principios básicos: **1)** construirse sobre diferencias, **2)** constituirse en redes de conocimiento y acción a través de las cuales se transmiten las “diferencias y transformaciones de diferencias”, **3)** energizarse por las partes respondientes y “no por el impacto de la parte activante”, y **4)** tener la capacidad de auto-corregirse.

Esto quiere decir, transformarse en un sistema autopoietico que intercambia y transforma permanentemente energía (información) con el entorno. Autopoietico porque es creador y productor de sí mismo, porque es un sistema auto-referente (el sistema mismo como su propio modelo) y porque se define por su capacidad auto-regulatoria, donde se es producto-productor de la propia historia y por lo tanto un sistema con capacidad de reconocerse en la crisis, en las alevs y en los eventos como una posibilidad de cambio y no enfrentado sólo al determinismo cultural que retrotrae el sistema al principio entrópico (pérdida de energía, desgaste del sistema frente a su desinformación, en tanto no aprovechamiento del desorden para re-organización) y le niega la posibilidad de generar neguentropía (aprovechamiento de energía a partir del desorden) como principio de creación para “dominar el dominio”, como afirmaría Morin (1984).

La anterior reflexión nos lleva a reconocer, como síntesis, la presencia de tres alevs² que hoy leemos como posibilidad de cambio, en **‘las crisis de las crisis’** de la historia de la profesión, en tanto es el epicentro de la identidad, cuando nos referimos a que su norte identitario es su definición estacionaria y a la vez su in-definición noética. Estas alevs son: **1)** la necesidad de una lectura compleja a los signos de los tiempos, **2)** la posibilidad de re-pensar la conmensurabilidad

² Entiéndase ‘la alea’ como la propiedad, elemento del sistema que es incomprensible, improbable, impredecible, incontrolable y, por tanto, es azar

e incommensurabilidad teórica, y 3) la contingencia³ frente a la configuración de lo operativo desde un orden heurístico.

No es de olvidar que la historia nos sitúa desde una praxis científica con Mary Richmond (1962), al parecer, ya pensadora de la complejidad, para dar un salto, en el tiempo, y cambiar el norte paradigmático hacia una praxis hiper-empírica para Susana García (1999), instrumentalista para Yolanda Guerra (1999), operativa y sincrética para Aura Victoria Duque (2003) y re-filantropía para José Paulo Netto (2003). Una praxis que como sistema de representaciones sociales, idearios e imaginarios, delimita unos universos simbólicos, en la identidad profesional, que han evolucionado desde la filantropía a la de-construcción como método de actuación. Idearios que han auto-referenciado la re-creación de la acción profesional en los escenarios latinoamericanos enfrentados a situaciones de exclusión social, iniquidad, pobreza y violencia en todas sus manifestaciones.

Es un hecho que Trabajo Social, en ese proceso de construcción de realidad, en el marco de lectura de una sociología del conocimiento, con Berger y Luckmann (2001), se ha legitimado más por las prácticas sociales negociadas o tipificadas mediante el *habituamiento operativo*, frente a lo que llamamos la cuestión social, que por el *habituamiento teórico científico*. ¡He aquí el enfrentamiento a una **primera contingencia**! Situación que nos obliga a repensarnos hoy, quizás ayer fuimos efectivos, desde las nuevas necesidades del desarrollo social a partir del potencial humano. Querámoslo o no, estos objetivos miran al sujeto como centro de su propio mundo y no como ese falso antropocentrismo de algunos o ese ingenuo logocentrismo de la ciencia. Esta mirada sitúa al sujeto como el principal instrumento de cambio, en la posibilidad de su propio cambio, como principio autopoietico (somos producto y productores).

Ahora bien, pensar en un Trabajador Social autopoietico, generador de múltiples identidades y diferencias como **segunda contingencia**, es referenciar al sujeto como sistema autopoietico, en términos de evento posibilitador y no de evento retroactor; sujeto que, como sistema en sí, hace gala de su sistema generativo para construir estrategias de cambio frente a su respuesta adaptativa o no-adaptativa, o **tercera contingencia**. Por otro lado, el mismo sujeto, como sistema cerrado, en la postura de Maturana (1997), está en la posibilidad de interactuar (abrirse) con el entorno, para enfrentar una **cuarta contingencia**, o posicionamiento frente a los retos del milenio en torno a los objetivos de desarrollo del milenio, propuesto por las Naciones Unidas (2005), como alianza mundial⁴.

³ En términos de la complejidad, asúmase el concepto contingencia como: la facticidad de la esencia, o la posibilidad de que algo puede ocurrir en cualquier dirección.

⁴ Frente a los retos del desarrollo mundial y en el marco de una alianza de cooperación, se plantean como objetivos: la erradicación de la pobreza extrema y el hambre, la educación primaria universal, la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, la reducción de la mortalidad de los niños menores de cinco años y el mejoramiento de la salud materna, además de combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio ambiente y fomentar una alianza mundial para el desarrollo.

Se observa ya cómo estas cuatro contingencias (multiplicidad, generatividad, aperturamiento e interacción) que enfrenta el Trabajo Social, entendidas como principios de la complejidad, lo ponen de cara a una alta capacidad autopoiética, a los deberes profesionales, según el código de ética de la profesión en Colombia, lineados por el Conets (2002: 30), tales como:

- La promoción del desarrollo humano sostenible.
- La gestión del bienestar y el desarrollo humano y social.
- La participación en la formulación, desarrollo y evaluación de las políticas sociales.
- La investigación social para la transformación de las realidades.
- La participación ciudadana para la autogestión frente a las diferentes problemáticas sociales.
- La orientación de las situaciones emergentes (convivencia, conflicto social, crisis normativas y crisis del desarrollo) en la interacción cotidiana de los actores sociales.
- Las redes de apoyo, a todo nivel, para el incremento sinérgico de los sistemas humanos y sociales, en torno a la movilización de recursos y al desarrollo de potencialidades.

Ahora bien, si en el ámbito de las prácticas sociales hablamos de procesos de construcción social de los sujetos, democracia participativa, responsabilidad social, pluralidad de lógicas de pensamiento e identidad con lo nuestro, en un sistema en crisis, que es exclutorio y competitivo, el Trabajador Social comparte su mundo de la vida y se ve afectado por las mismas afectaciones de los actores sociales, sujetos de su práctica profesional. Por lo tanto, si el profesional como sujeto está en crisis, la sociedad está en crisis, *la identidad profesional está en una encrucijada* al construirse sobre imaginarios de miedo, con pautas de acción que expresan y re-producen el dominio de un sujeto dominado y a la vez dominador. Aquí es válida la pregunta por las estructuras vinculantes en doble vía, para auto-reconocerse en la propia negación o aceptación como pauta emergente, y para reconocerse en la obligatoriedad o en la posibilidad como pauta trascendente, en el marco de una reflexión desde y para la complejidad moriniana (1998).

Si retomamos el tetraedro, planteado por Morin (1984), en sus variantes categoriales de orden, interacción, desorden y re-organización, como la estructura misma de todo sistema complejo, podemos definir, hoy, una identidad profesional emergente desde un libreto construido sobre la paradoja autopoiética que nos dirime como '*actores independientes y dependientes a la vez*'. Podemos pensar en la doble-contingencia como una **quinta contingencia para Trabajo Social** (posibilidad de autonomía), para debatirse, como sistema de interacción, en el sentido de situar los significados en co-contexto; no seguir clamando por prácticas estandarizadas y fórmulas milagrosas. Esto nos sitúa entre el sobre-determinismo (un deber ser de la formación) y la posibilidad (un poder ser en la acción); un libreto que siendo abierto, in-definido, en reconstrucción, es a la vez cerrado, pre-determinado y realizado. Lógica que lleva a entender un tetraedro que, como estructura del sistema profesional, en este caso, se ubica y se denomina a

sí mismo como: entrópico, en emergencia, en contingencia, al no reconocer los aleas y eventos como posibilitadores del cambio, el cual demanda de nuevas organizaciones, para enfrentar el caos que produce incertidumbre cuando las pautas de acción siguen siendo operativas.

Preguntamos: ¿cuál es, entonces, el libreto del Trabajador Social autopoiético que construye identidad profesional? Y contrapreguntamos: ¿será el de la lucha por la auto-determinación, la lucha contra la destrucción del entorno, la lucha contra la contingencia del rechazo, contra la alea civilizatoria? Pensamos que es primero, y mediante procesos de interacción, la lucha por la vida misma que incluye al hombre en todas sus dimensiones y al cosmos en la dirección de espiritualidad. Un libreto orientado a la reducción fenomenológica como heurístico de simplificación (abstenerse de juicios y poner entre paréntesis emociones, sentimientos, deseos y pensamientos), o un libreto orientado a la re-construcción antropológica que conciba el universo en esa dialógica tetraédrica moriniana como clave para la comprensión de la identidad profesional, dada la identidad del sujeto autopoiético.

En definitiva, nos imaginamos un actor en situación, que es “sí”, esto es, piensa de sí y decide por sí y para sí; un actor que es “autos”, esto es, subjetivo e inconsciente de sí; pero un actor que, por un lado, es libre en la condición de emergencia, como afirma Morin: “...a partir del momento en que se desarrolla un aparato neuro-cerebral que elabora estrategias de conocimiento y acción” (Morin, 1984: 270) y, por el otro, humaniza la razón no sólo para saber utilizar el azar “sino [para saber] utilizar la energía y la inteligencia del adversario para invertir su juego en beneficio propio” (Morin, 1984: 270). En otras palabras, un actor que se vincula consigo mismo, con sus grupos, con la comunidad, con la sociedad en procesos de corresponsabilidad.

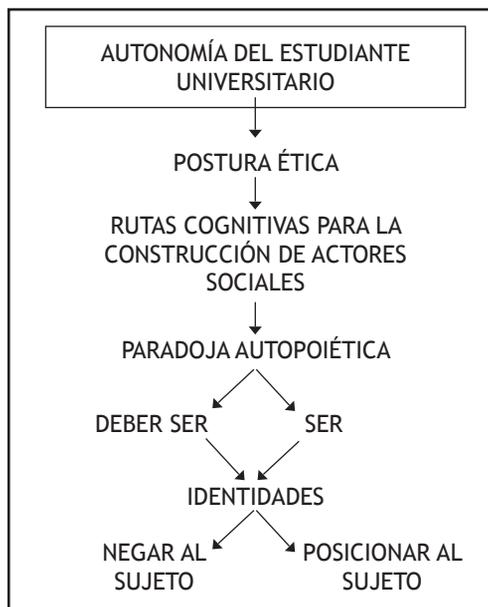
Este imaginario posibilita la construcción de la identidad profesional, desde una mirada autopoiética, frente a la comprensibilidad de dos emergencias. Así: **1)** la emergencia de la **postura ética** como ruta cognitiva en la construcción del perfil del Trabajador Social, y **2)** la emergencia de la **motivación** como trasfondo de la constitución del sujeto autopoiético. Aquí presentamos, para su argumentación, dos categorías de discusión que abren y cierran la idea en torno a que *‘el perfil profesional del Trabajador Social se construye en y para la paradoja de la autonomía como sistemas autopoiéticos en emergencias contingentes’*.

Ruta cognitiva 1: La emergencia de lo ético como cimiento de la autonomía

El ingreso a la universidad se configura en un evento que el estudiante define, consciente o inconscientemente, como posibilitador o retroactor de su sistema de vida profesional, en el nivel de la formación, en este caso. Se enfrenta a un currículo, aceptando de antemano responsabilidades no sólo frente a contenidos curriculares (esencia de la carrera), sino frente a la ruta cognitiva que le demanda la construcción de su perfil profesional. Perfil que “...

tributa tanto a las características y los propósitos académicos como a las exigencias de la demanda laboral en el ámbito particular de la profesión, donde se espera que los elementos allí desarrollados nutran, de manera coherente, la noción del ser humano, del profesional y del ciudadano, a cuya construcción deben aportar los procesos interactivos, investigativos, educativos y de proyección que se realicen en el programa de Trabajo Social” (Programa de Trabajo Social, 1999: 15).

Vemos entonces que emerge la categoría ‘autonomía del estudiante universitario’ como centro de esta ruta que, cuando Heinz Von Foerster (1998: 98), refiriéndose a la auto-organización de los sistemas, afirma que: “...es una paradoja porque se trata de una auto-organización dependiente de una ecología”. Ecología que entendemos aquí en la relación de los actores sociales con los entornos con base en la mediación necesaria de su postura ética. Ética que observamos desde la dualidad “deber ser”-“ser”. Ética que define las aleas (azares) para la construcción de las identidades, sea posicionando al sujeto o negándolo, en un esquema lógico, como se observa en la figura.



Aquí nos valemos de tres teóricos del tema (Enciclopedia Encarta, 2005). Por una parte, Platón, quien conjuga la ética como un asunto que implica al ser en todas su dimensiones humanas, como son: lo cognitivo (el intelecto y la voluntad), lo afectivo (la emoción) y lo espiritual (el alma); estas dimensiones, a la vez, van a producir la “virtud humana” como producto y productora del entramado de lo ético. Por otro lado, Bertrán Russell (Enciclopedia Encarta, 2005), quien aspirando a una sociedad armoniosa, piensa en lo ético como esa “existencia buena” que se da siempre y cuando se garantice un crecimiento natural para un ser humano en completud. Y, por su parte, Aristóteles (citado por Perea, 2004), quien alude a una ética del buen vivir que conjuga vida contemplativa y racionalidad como expresión máxima del ser humano en comunión con el universo y en reconocimiento al sentido de la vida como vida.

Al hacer una reflexión desde estos tres autores clásicos, se puede observar que la ética es una interacción de alma, intelecto, voluntad y emoción, que se unen en el crecimiento natural o en la expresión máxima del ser humano en interacción con lo social y con el universo, para poder llegar a lo que llaman estos autores como la “virtud humana”, “la vida contemplativa” y

la “existencia buena” en correlación con la vida. Por lo tanto, consideramos que el siguiente bucle se constituye en la plataforma para la construcción de una ética no-utilitarista:



Aquí tenemos que reflexionar sobre cómo una ‘**ética de la vida**’ es la salida al deber-ser, el cual hoy limita la constitución del sujeto, no sólo desde el espacio social sino desde el espacio académico, donde nos formamos como profesionales. Se promulga, desde discusiones contemporáneas y en el sentido de complementariedad teórica, una ética de la responsabilidad y la argumentación, en la perspectiva de Habermas (1996), con un sentido ético construido desde el ‘ser’ y ‘la solidaridad’, que estarían dadas a través de la confluencia de todos aquellos saberes cotidianos construidos, apropiados y aprehendidos. Pero nos cuestionamos acerca de que tal vez esto no se alcanza porque el estudiante de Trabajo Social quizá no ha reflexionado sobre su vivencia interna para volver **sus conflictos un evento emergente posibilitador**, donde, como ya enunció, confluyan las diferentes dimensiones del sujeto, como sistema, en su capacidad de auto-control en la interacción con sus congéneres y bajo los principios de justicia y dignidad humana.

Si hablamos de una ética de la vida, es importante hacer referencia a lo que autores como Maturana (1997) y Varela (2002) nos dicen acerca de la autopoiesis como posibilidad misma de un universo que es complejo. Para ello podemos resumir en cinco principios los cuestionamientos claves para pensar esta orientación ética. Ellos son:

1. La vida como interacción del sujeto (sí mismo) con el medio.
2. La vida como dispositivos organizados en redes autopoiéticas para sostenerla y reproducirla.
3. La identidad y la cognición mediadas por las relaciones internas y externas como condiciones del ser autopoiético.
4. El self (la proyección colectiva del ser), la subjetividad y el lenguaje como estructura interna del sistema humano autopoiético, como determinismo biológico y cultural.
5. La mente individual y colectiva en constante transformación.

De acuerdo con lo anterior podemos inferir que cuando cada persona tenga comprensión de estos principios podrá: primero, irrumpir en el complejo de **autopoiesis** y, en paralelo, construir una **ética**, desde donde el desarrollo del ser se teja con base en la internalización de conceptos como: autonomía, responsabilidad, dominio de sí, etc. Tanto autopoiesis como ética, en correspondencia, son muestra de la posibilidad de la autonomía pensada siempre en términos de co-responsabilidad (ser responsable con el otro y no ser responsable por el otro).

Esta correspondencia se explica desde la interacción interna entre células, órganos, sustancias y la interacción externa con el medio, con el contexto, donde el ser humano es una parte del todo, que no podría existir aislado de ese todo. Aquí, según Maturana (1996), citado por Perea: “Gracias a una gran ínter-relación con el medio y con otras especies se conforman las **redes autopoieticas** que sostienen toda forma de vida” (2004: 27).

La vida. autopoiesis, como proceso, y las redes interactivas son generadoras de la construcción de identidades a partir de las diferencias para pasar por estados transitorios de equilibrio dinámico en la interacción con el medio. Vemos así que: “Todo ser vivo tiene, como ser autopoietico, un grado de autonomía... [que se establece] cuando los organismos son fundamentalmente un proceso de construcción de una identidad [...] y la identidad emergente del organismo proporciona, lógicamente y mecánicamente, el punto de referencia para un dominio de interacciones” (Perea, 2004: 28).

Lo anterior quiere decir que Trabajo Social como profesión construye, en un circuito dialéctico (en espiral), su identidad a partir de redes autopoieticas (significados, interconexiones, etc.), cuando se piensa a sí misma como sistema autopoietico, como sistema independiente y dependiente a la vez, sujeto de una práctica operativa y teórica, constructor de identidades y diferencias, objeto de acciones retroactivas y posibilitadoras y estructurada como sistema abierto y cerrado. En otras palabras, construye su horizonte de sentido en el marco de situaciones contingentes (recuérdese que lo contingente tiene que ver con la posibilidad de que algo suceda en cualquier dirección, en un tiempo y espacio dados) y asume su identidad desde un marco subjetivista tal como afirma Aquín: “...entendida como un sentimiento de identificación con una colectividad más o menos imaginaria” (2003: 361). Compartimos con la autora el énfasis que pone esta perspectiva en “la elección identitaria individual” a partir del “sentimiento de pertenencia” o lazo afectivo con la profesión. Entendemos esta pertenencia con un cimiento originado en lo motivacional como construcción cognitiva-emocional.

Ruta cognitiva 2: La emergencia de la motivación como trasfondo de la acción

Asumimos aquí que la identidad del Trabajo Social no es ni una sumatoria de identidades individuales, ni un reflejo del ideario colectivo, sino que es una “historia auto-heterogenerada” a partir de sujetos sociales (Trabajadores Sociales) que como sistemas evencializados (como evento, elemento, propiedad o condición en sí, facilitador o retroactor del cambio) representan el mundo. Esto es, pensamos la identidad a partir de dos propiedades: una, **las emergencias** (lo construido hoy como producto histórico), que para Foerster, citado por Morin (1984:117): “...generan orden o formas nuevas de organización”, o posibilidad de transformación y, otra, **el sujeto evencializado**, que lo pensamos como al actor-pensador de eventos posibilitadores o retroactores de la acción social y al cual le queremos atribuir el rol de **evento emergente permanente** (posibilidad de transformar), como ser computante (pensante), en condiciones

de ubicación temporal y de conformidad o no a la norma, como condiciones para la emergencia de aleas. Pero algo más de trasfondo, como ser en sinergia cognitiva o ser motivado.

Al hablar de motivaciones, tanto internas como externas, frente a las diferentes emergencias del mundo (posibilidades de las crisis o conflictos), tomamos como punto de partida que el sujeto se encuentra rodeado de eventos y circunstancias y que el dominio del individuo para ver y enfrentar estas situaciones, es lo que le permite evidenciar los eventos como oportunidades. Esto es, ver el mundo de la vida en una cotidianidad que demanda una lectura desde diferentes lógicas, como ya lo anotamos, en palabras de Matús (2004).

En este orden de ideas, es importante comprender que la dinámica de las interacciones, en las que se construye la identidad profesional (relación procesos sociales-individuales), está mediada por las motivaciones o predisposiciones a la acción. Igualmente, es de suma importancia el reconocimiento de este mecanismo como el mediador de las actitudes que, como significados construidos en las propias historias de vida y en co-dependencia con los contextos de desarrollo de la propia vivencia, son las que leemos como lenguajes no-verbales en la práctica de los discursos. En el pensamiento de Maturana (1997), esto quiere decir que cualquier acción, en el escenario e intención que se dé, está articulada a una emoción, como su posibilidad (para nosotros una motivación).

Al tomar al sujeto como protagonista de su propio mundo (propio centro), quien vive la cotidianidad en la medida en que actúa con ella y para ella, como ser humano dueño de sí y de su mundo, en comunión con el entorno, pensamos un mundo de la vida lleno de contingencias (posibilidades) que sólo es posible de leer en la medida en que nos abrimos a él. Y nos abrimos a él en la medida en que nos situamos en un horizonte de sentido compartido. Esto demanda un **ser motivado**, consciente de sus necesidades y potencialidades, consciente de que los eventos del mundo son retroactores o posibilitadores, siempre y cuando él los vea así. Esto es, los vea y asuma como oportunidades o como dificultades. Los vea en contexto, en interconexión con el universo, en las dimensiones culturales, sociales, políticas, ideológicas, sentimentales, entre otras.

Ahora bien, debemos reconocer el espacio, el tiempo y la circunstancialidad, dados por la legitimación cultural, como ejes fundamentales del desarrollo mismo de la motivación, ya que estos tres elementos se vinculan a las historias de vida y a las narrativas individuales para poner de manifiesto: lo que se es, lo que se quiere ser y lo que se puede ser, según nuestra capacidad humana o dominios particulares. Esto lleva nuevamente a que nos referenciamos como sujetos autopoiéticos situados en una realidad cambiante que enfrenta la incertidumbre, producto de las aleas (azares), y a enfrentar un mundo ambiguo que demanda permanente organización por las emergencias (crisis) mismas de la interacción.

Desde este marco, que será introductorio, sólo queremos hacer énfasis en ese trasfondo de la construcción de la identidad del Trabajo Social, que, no obstante implicar otras variables, aquí queremos centrarlo en la motivación. Motivación que no pretendemos abordar desde diferentes vertientes teóricas, sino sólo apropiarnos el presupuesto de Varela (2002: 351) para su comprensión. Este autor habla del “tono emocional” como la parte integral de la experiencia que aquí situamos como la motivación, como la energía que propicia la acción a la vez impregnada de afectos, disposiciones y emociones.

Varela (1995: 355) reconoce éstas como las tres escalas del afecto (motivación para nosotros), para precisar al respecto: “La primera escala son **las emociones**: la conciencia de un cambio de tono que es constitutivo del presente vivido; el segundo es **el afecto**, una tendencia disposicional propia de una secuencia coherente de acciones encarnadas; finalmente **el ánimo**, la escala de la descripción narrativa de una duración más o menos larga”. Vemos así que para definir los elementos constitutivos de las motivaciones, en torno al principio dinámico y circular, emerge como eje de la estructura de la praxis profesional, como elemento potenciador de su sistema de interacción, el siguiente bucle:



Reconocemos la emoción como el sustrato de la motivación cuando, para Maturana (1997), toda acción está asociada a una emoción y esa emoción, en últimas, es la que hace posible la acción. De ahí que la emoción (disposición fisiológica) como dominios de acción posibilita una amplia gama de interacciones sociales. Posibilita la vida misma como un emocionar. Emociones positivas contribuyen a dar salidas a las crisis (eventos traumáticos que perturban) y a realimentar la motivación misma como un circuito en red de la acción. Emociones negativas o tribulaciones del yo, como afirma Giddens (1994), llevan a vivir el mundo desde dilemas del yo, mediante el enfrentamiento de cuatro emergencias: crisis del sujeto frente a la dificultad para enfrentar la *complejidad* (caída en la simplificación y fragmentación del mundo), impotencia para dar salidas críticas a la complejidad que demanda *autonomía* del sistema, dependencia externa frente al enfrentamiento de la *incertidumbre* y marcos mentales restringidos desde una cultura de la *alienación del yo*.

Podríamos hablar así de un sistema motivacional (sinergia del yo), vulnerable, vulnerado y vulnerador que, como la fuente activadora del sistema, hace poco o no hace nada por la construcción de una identidad de cara a la complejidad social. Aquí la identidad del Trabajo Social, como la identidad del Trabajador Social enfrentado a la doble contingencia (ser un-yo y otro-Trabajador Social, a la vez) o ser producto-productor de sus propia autopoiesis, deja ver un sistema de interacción débil, incapaz de enfrentar la complejidad o incapaz de generar alternativas de cambio para conservarse en interconexión. En cambio, como respuesta

adaptativa se interconecta al mundo fraccionándose o generando en términos de Robles (2005: 9): "...la vaguedad recursiva, la indiferencia, los cambios de temas, la introducción de formas comunicativas mayores como las historias (asunto anecdótico que, Mary Richmond [1962] criticó en sus alumnas), la relevancia condicionada, etc."

Se observa de este modo que si la motivación, como fuente energética, está vulnerada, conlleva a vulnerar la propia identidad frente a la ubicación en la realidad y a la reorganización constante frente al cambio dinámico que una sociedad compleja demanda. Esto supone, desde la perspectiva de Giddens (1994): la aceptación del yo, la aceptación de la realidad y la aceptación de los otros, pero en el buen sentido de la palabra, como co-construcción. El autor confirma este postulado cuando manifiesta que el yo es: "Fragil porque la biografía que el individuo conserva reflejamente en la mente es sólo —una historia— entre otras historias posibles que podrían ser narradas acerca de su evolución en cuanto yo" (Giddens, 1994: 75). Pero esas historias y no las otras posibles, se hacen reales por la presencia de dos categorías morales que, en últimas, articulan el sistema motivacional y, por ende, la acción: la culpa (emoción) y la vergüenza (sentimiento), categorías aunadas a la necesidad de auto-reconocimiento y reconocimiento social como sustratos de la identidad, que Honneth (1997) recoge en tres patrones que, como principios orientarían la definición de la identidad, como son: amor, derecho y solidaridad.

Esto nos lleva a hacerle una invitación a la academia para que convierta sus procesos formativos, un poco relegados a un tercer plano, por no decir ausentes, en redes sinérgicas de acción educativa que, como 'círculos formativos', incluyan la categoría -autopoiesis- para repensar el perfil profesional, en su calidad dinamizadora de la identidad de Trabajo Social. En otras palabras, una invitación a que se construya academia desde la paradoja autopoiética y se le apueste al pensamiento complejo como hipótesis de trabajo para trascender el deber ser de la interacción cotidiana.

Lo anterior muestra que la identidad es tanto una cualidad unitaria como colectiva, para que el ser vivo se auto-produzca. En el caso de Trabajo Social la identidad se construye desde la seguridad del intelecto, desde la capacidad de actuar y desde el autocontrol para alcanzar a ser producto-productores de una realidad, donde se desdibuje el concepto filantrópico e instrumentalista de la profesión, donde se observe una comunidad comprometida por y para la transformación de una sociedad sumida en el ostracismo político, mercantilista y consumista.

Para finalizar, el pensar en una ética de la vida y en un sistema motivacional, como el bucle potenciador de la identidad del Trabajador Social, reconocido como ser autónomo, dada su posibilidad autopoiética, lleva a re-dimensionar la formación profesional suponiendo la presencia de un yo y de unos otros para la construcción de un nosotros. Identidad que otorgue pertenencia, permanencia, cohesión, emergencias, contingencias, aleas, pero siempre transformaciones con compromiso y responsabilidad frente a sí, frente al otro y frente a las

realidades emergentes. Identidad que se constituye y es constituyente de identidades: ¿nos construimos como sistemas independientes y dependientes a la vez!

De esta reflexión se deriva, por un lado, la necesidad de generar estrategias que le apunten a la comprensión de la complejidad como escenario, en eso que se llama la “cuestión social” para el Trabajo Social, y por el otro, la resignificación del concepto “cambio”, donde, quiérase o no, éste se implica frente a la necesidad permanente de re-organización de los sistemas en su interacción con el entorno. Aquí el reconocimiento de la identidad como paradoja se inscribe en la doble contingencia: conservar la identidad (construida autónomamente) y reconocer sus diferencias con el entorno (gatillador de demandas); proceso que tiene viabilidad, a manera de intercambios de información (conversacionales), para los sistemas sociales en los espacios de interacción.

Consideramos que pensar en la opción de una formación profesional y de unas prácticas sociales, por *ciclos propedéuticos*, afirmaría nuestra identidad desde el ideario de nuestra fundadora, ya pensadora de la complejidad. Hacemos una invitación que compartimos con Richmond (1962), para reflexionar sobre nuestra identidad no sólo individual sino colectiva, como gremio, para apuntarle a la dinámica de ser sistemas en consonancia social y sinergia cognitiva, bajo la paradoja de los principios de auto-referencia y exo-referencia, en Luhmann (1997).

Bibliografía

Aquín, Nora. (2003). “El Trabajo Social y la identidad profesional”. En: Conets. *Memorias XI congreso Colombiano de Trabajo Social*. (pp. 360-365). Manizales, 19-22 de agosto de 2003.

Bateson, Gregory. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria hacia la comprensión del hombre*. Buenos Aires: Lumen.

Berger, P. & Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. (17^a edición). Argentina: Amorrortu.

Consejo Nacional de Trabajo Social -Conets-. (2002). *Código de ética profesional de los Trabajadores Sociales en Colombia*. Bogotá: Conets.

Cortina, Adela. (1995). *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria*. Salamanca. Sígueme.

Duque, Aura Victoria. (2003). *Praxis, identidad y formación en Trabajo Social. Un estudio del sistema de representaciones Simbólicas*. Manizales: Universidad de Caldas.

- Enciclopedia Encarta. (2005). *Ética*. USA: Electrónica.
- Foerster, Heins von. (1998). "Visión y conocimiento: disfunciones de segundo orden". En: Fried Schnitman, Dora (ed.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 91-114). Barcelona: Paidós.
- Fried Schnitman, Dora. (1998). "Ciencia, cultura y subjetividad". En: Fried Schnitman, Dora (ed.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp.15-36). Barcelona: Paidós.
- García, Susana. (1998). *Especificidad y rol en Trabajo Social*. Buenos Aires: Lumen/Humanitas.
- Giddens, Anthony. (1994). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.
- Guerra, Yolanda. (1999). *Elementos para la comprensión de la instrumentalización en Trabajo Social*. En: <http://www.ts.ucr.ac.cr/suradoc.htm> [Consultada el 29 de agosto de 2000].
- Habermas, Jürgen. (1996). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona: Península.
- Honneth, Axel. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Barcelona: Crítica.
- Luhmann, Niklas. (1990). *Sociedad y sistema: La ambición de la teoría*. Barcelona: Paidós.
- Luhmann, Niklas. (1997). *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos.
- Maturana, Humberto. (1996). *Desde la biología a la psicología*. 3^{ra} edición. Santiago de Chile: Universitaria.
- Maturana, Humberto. (1997). *El sentido de lo humano*. Santafé de Bogotá: Dolmen-Tercer Mundo.
- Matús, Teresa. (2004). "Escenarios y desafíos del Trabajo Social en América Latina". *Revista colombiana de Trabajo Social*, 18: 25-42.
- Morin, Edgar. (1984). *Ciencia con Consciencia*. Barcelona: Anthropos.
- Morin, Edgar. (1993). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, Edgar. (1998). "La noción de sujeto". En: Fried Schnitman, Dora (ed.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 67-85). Barcelona: Paidós.

- Naciones Unidas. (2005). *Objetivos de desarrollo del milenio*. New York: Naciones Unidas.
- Netto, José Paulo. (2003). "Trabajo Social de cara a la realidad Latinoamericana". En: *Memorias XI congreso Colombiano de Trabajo Social*. (Video-conferencia). Manizales: Conets.
- Perea, Adrián José. (2004). "Ética, cognición y autopoiesis. Implicaciones éticas de la teoría de Santiago". *Revista Hojas Universitarias*, 55: 26-31. Universidad Central.
- Programa de Trabajo Social. (1999). *Currículo Programa Trabajo Social*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Richmond, Mary E. (1962). *Caso social individual*. Buenos Aires: Humanitas.
- Varela, Francisco. (2002). *El fenómeno de la vida*. Caracas: Dolmen.